

Los republicanos recogieron á sus heridos y enterraron á sus muertos.

Poco despues los franceses hicieron una fosa comun y dieron sepultura á sus soldados, no encontrando ya las armas, que instantáneamente recogieron los guerrilleros.

Los soldados de la reaccion quedaron insepultos, los franceses negaban hasta una tumba á sus aliados.

VI.

En una de las laderas del camino estaba un capitán republicano, bañado en sangre y con una herida que le dividia el rostro.

Acercóse el médico de la ambulancia, que era Felipe Cuevas. —Demonio! á este hombre yo lo conozco perfectamente.

Separó el cabello, limpió la sangre al herido y dió un grito de desesperacion: aquel hombre era el capitán Pablo Martinez.

Luego que el herido se sintió refrescar con el agua, abrió los ojos y reconoció á Felipe Cuevas.

—Vive! exclamó el médico, y mandó ponerle en la camilla.

—Creo que es bien poco, dijo reconociéndole la herida, se trata nada mas de una cicatriz.

Curó á Pablo Martinez, que por la pérdida de la sangre se habia desmayado.

Luego que llegaron al hospital, le dió alimento, y el bravo guerrillero pudo ya hablar.

—Malditos cazadores! en un tris me rebanan como una sardía.----

—Qué le ha pasado á usted, capitán?

—Nada, he perdido un pedazo de oreja, y conservaré toda mi vida este garabato como un recuerdo de la batalla de *Baranca Seca*.

CAPÍTULO III.

De como se pueden encontrar dos exhalaciones en un punto dado del horizonte.

I.

El caballero Mons habia dado hospitalidad á Manuel Mondoñedo, á quien se encontró cerca del campo de los franceses atravesado de una estocada.

El enfermo llevaba muchos dias de alivio; hasta entonces su huésped no se habia atrevido á preguntarle nada sobre el lance del 5 de Mayo.

Mondoñedo estaba profundamente triste, algo pasaba por el corazon del estudiante que lo hundia en ese vago sopor de melancolía que lo agotaba.

La imágen de doña Blanca se iba disipando en ese fondo oscuro del horizonte, y comenzaba á desaparecer de la memoria de Mondoñedo.

Ese olvido, precursor de una nueva ilusion, inquietaba al estudiante, porque le tenia miedo al ímpetu del corazon.

El jóven no se queria dar cuenta de su situacion, tenia miedo de preguntarse lo que pasaba por su alma.

La pasión terrible que había concebido por la Montemolin, la consideraba como una erupción de su espíritu; pero que se apagaba lentamente bajo las cenizas de sus desengaños.

La pureza con que había amado á aquella muger, el ardor inmenso de su cariño, la adoración profunda guardada á un ser que se revelaba deforme ante su vida, trocó ese mundo de ilusiones en un abismo sin fondo de desprecio y olvido.

Mondoñedo pasaba de improviso de un gran centro de luz á una atmósfera opaca y llena de sombras.

Ardía en su alma la última antorcha, pero el dios había desaparecido de las aras, el altar quedaba desierto.

Comenzó por sentir horror hácia una muger que le había ocultado su nombre, que tomando la máscara impenetrable de la hipocresía, bajo el generoso aspecto de la amistad, lo había lanzado al ridículo mas terrible.

Vió imposible su cariño, descubrió la trama grotesca de unos amores pérfidos alimentados en el silencio y reserva del anónimo, y la venda cayó á sus pies.

El ángel dejaba las alas para convertirse en una muger.

El jóven, que no había amado nunca y veía secas y marchitas sus primeras ilusiones, lloró sobre aquellas hojas arrancadas por el huracán de la adversidad, y sin volver el rostro, con la sombra sobre el pensamiento y la mano oprimiendo el corazón, huyó del fatalismo de sus amores y llamó á la venganza para satisfacer su encono.

La desgracia iba sobre sus huellas, quiso sangre, la pidió al destino, y el destino le abrió el pecho para satisfacerlo.

Velados sus párpados por el vértigo, sintió como se alejaba su aborrecido rival, sin poder ahogarlo con ese torrente de sangre que salía de su herida abierta.

Cuando la vida tornó á enseñorearse de sus sentidos, una rara metamorfosis se había operado como una reacción en el alma de Mondoñedo.

Recordó vagamente cuanto había pasado, la provocación á

don Fernando, el duelo, la impresión de la hoja helada del acero al romper su costado, y aquella especie de agonía que le acometió hasta entrar en las tinieblas del vértigo.

Aquella sangría acaso era necesaria, porque el jóven entró en una calma bienhechora, en ese apetecido reposo del espíritu después de una tempestad prolongada de tribulaciones.

Aquella calma era precursora de una tormenta acaso mas terrible.

A la cabecera de su lecho velaba una muger, como el ángel de la existencia: su acento era sonoro, su aliento perfumado, su mirada lánguida y apacible, su actitud serena y melancólica.

El jóven la tomó como una aparición del cielo, como uno de esos ángeles proscritos que llegan á la hora del infortunio para enjugar las lágrimas del desgraciado.

Aquella muger era un mundo de esperanzas, no había rayos de coraje en sus miradas, ni sonrisas de desden en sus labios, ni su seno se agitaba como la superficie del oceano, á los embates de la tempestad.

Aquella muger tenía un nombre todo suyo, se llamaba Eloisa.

II.

Mondoñedo estaba en el sopor de su sueño de imágenes y apariciones, cuando la delicada mano de la señorita Mons tocó la frente del estudiante.

Parecióle que las frescas rosas del paraíso habían rozado su semblante mudo y decaído.

Abrió los ojos y los fijó en el hermoso rostro de Eloisa.

—Duerme usted? preguntó la jóven con un acento de armonía celestial.

Mondoñedo se incorporó y respondió con voz trémula á la señorita Mons:

—No, me es imposible dormir, vivo en un crepúsculo de sopor que llega al letargo.

—Y cómo sigue usted de la herida?

—Muy pocas veces me recuerda su existencia el dolor.

—Tiene usted alguna queja de las personas que le rodean?

—No, Eloisa, estoy satisfecho; pero deseara que me dejaran morir.

—Usted morir?

—Sí, yo, que soy tan desgraciado!

—Hable usted, amigo mio, deposite en el corazón de una amiga el secreto de sus sufrimientos.

—Ay, Eloisa, el día que saliera de mi corazón un solo suspiro que revelase mis sentimientos, causaría la desesperación de quien los sorprendiese.

La señorita Mons guardó silencio, y sus ojos se fijaron en la pálida faz del estudiante.

—Usted también sufre, no es verdad? dijo este.

—Sí, Mondoñedo, yo he luchado por arrancar de mi alma el amor de ese hombre, á quien debo aborrecer.

—Sí, porque no es digno de llegar hasta usted, que es un ángel de virtud; usted merece un cariño sin límites, pero desinteresado, lleno de ilusión y cubierto con el celaje de oro de las esperanzas, un amor que solo se desprende del espíritu cuando la sombra de Dios está sobre el alma, cuando el corazón armoniza con el cielo, y el hombre vuelve á ser ángel para ceder su corazón y su pensamiento confundidos en una llama encendida por la mirada de Dios; porque el amor de la tierra es una ofrenda miserable delante del cariño inmortal de una mujer!

Sí, Eloisa, alzar en el santuario del corazón un altar, evocar ese espíritu gigante del amor cuyas alas cubren el firmamento, y decirle á una mujer: me arrodillo delante de tí, porque te adoro, mis lágrimas se alzarán en un vapor de cariño hasta tí, que eres digna de posarte en el centro de mi alma para tocar el cielo con la frente! ----

—Pero ese amor es imposible, exclamó Eloisa cubriéndose el rostro con las manos.

—No; no es imposible, dijo exaltado Mondoñedo, las flores de la tierra tienen un perfume, como el alma sus exhalaciones; hay en el fondo del corazón un horizonte inmenso para las ilusiones, una bóveda cruzada por meteoros de fuego que se enciende á la vista del ser á quien se idolatra, y en medio de ese mundo irrealizable que se siente en el fondo del pecho alumbrado por los fulgores del espíritu, el cuerpo desfallece y nuestra vista se torna lánguida, impregnada de pasión, y nuestro acento trasmite ese grito arrancado del fondo del corazón que dice á la mujer de nuestras esperanzas: ¡misericordia, porque te amo! ----

Mondoñedo tomó una mano de Eloisa, y la oprimió contra su pecho palpitante.

La señorita Mons la retiró suavemente.

—Oh! sí, dijo con el llanto sobre las pupilas, así había soñado con ese amor que acaba de desaparecer!

—Siempre ese hombre! gritó Mondoñedo arrancando las ligaduras de su herida.

—Sangre! ---- sangre! ---- exclamó Eloisa: socorro! ---- socorro! ----

III.

La señorita Mons salió aterrorizada del cuarto del estudiante pidiendo á voces socorro.

En aquel momento Felipe Cuevas entró demudado creyendo en una desgracia.

—Entre usted, caballero, entre usted, ese joven se ha desgarrado la herida.

El amigo de Mondoñedo se precipitó en el aposento para dar auxilio al estudiante.

—Dios mío! exclamó Eloisa luego que se encontró sola, ese hombre me ama y le voy á hacer muy desgraciado. . . . yo no puedo amar, mi corazón se ha cerrado para siempre, mis ilusiones han muerto. . . . no, no han muerto todavía, la imagen de ese hombre está siempre delante de mis ojos, y su acento resuena en el fondo de mi alma. . . . yo le perdono todo el mal que me ha hecho, todas las lágrimas que he derramado; pero que vuelva, lo quiero ver, quiero estar á su lado, hablarle, decirle mil veces que le amo! No, no, que huya, yo tengo el resentimiento en el corazón, le detesto, su recuerdo me es importuno. . . . lejos, lejos de aquí!

El señor Mons se dejó oír en la antesala dando algunas órdenes á su mayordomo.

Eloisa se repuso, sacudió su frente para alejar la nube de tristeza que oscurecía su semblante, y llamó en su auxilio una sonrisa.

—Hija mía, dijo el caballero Mons, dentro de breves instantes tendremos en casa á la señorita Amalia Brown, á quien me recomienda un amigo muy distinguido de Inglaterra.

—Viene de Europa la señorita Brown?

—No, de México, donde ha permanecido algunos meses; ya va de regreso á la Gran Bretaña, pasará con nosotros esta época de crisis, mientras se ve la determinación que toman los invasores.

—Ya sabes, padre mío, que tengo especial gusto en cuanto tú manifiestes empeño.

El señor Mons se acercó á su hija, la sentó sobre sus rodillas, y besándole la frente, la dijo:

—Y para quién vivo yo, si no es para Eloisa? ¿por quién amo la existencia? Vamos, estréchate á mi corazón!

Eloisa escondió el rostro en el seno de su padre, y no pu-

diendo contener el llanto, comenzó á sollozar bañando con sus lágrimas las manos del autor de sus días.

—Y para esto te acercas á mí? estoy por reñirte; vamos, estoy empeñado en tranquilizarte y lo conseguiré; dentro de algunos meses nos marcharemos á Europa, ya sabes que eres rica, muy rica, tomaremos un palco en el gran teatro del mundo, nos radicaremos en París, oh! entonces sí que me vas á hacer que te lleve á todas partes, y te llevaré; no faltaba más! é irá el viejo con su hija enseñándola como una muestra de belleza; porque tú eres muy hermosa: mira, Eloisa, parece que tu buena madre te dejó por herencia sus ojos y su frente; te le pareces como una gota de agua á otra gota.

Eloisa se enjugó las lágrimas y comenzó á hacer caricias al señor Mons, que se manifestaba ufano con el amor inmenso de su hija.

Cuando el pobre viejo se encontraba solo, entonces daba rienda á sus pesares, le dolía el corazón al ver los padecimientos de Eloisa; porque el señor Mons amaba tiernamente á aquella criatura.

Recordaba el lance del casamiento, y á pesar de su buena índole, sentía encenderse el rostro de vergüenza, y alentaba un coraje terrible, y juraba vengarse de aquel mal caballero.

IV.

Oyóse el ruido de un carruaje que penetraba en el interior de la casa.

Eloisa y el señor Mons salieron á recibir á la viajera.

Doña Blanca de Montemolin parecía mas hermosa con esa agitacion terrible de su espíritu.

Bajó del carruaje, y se presentó en la antesala, donde la esperaba la familia Mons.

—Señorita, dijo el caballero tendiéndole la mano, ya esperaba este honor, y confieso que estaba impaciente.

—Señor Mons, yo me siento honrada con una preferencia debida solamente á la esquisita galantería de usted.

—Tengo el gusto, dijo el caballero, de presentarle á mi hija Eloisa.

Doña Blanca se levantó el velo del sombrero y aquellas dos mugeres se contemplaron de hito en hito por algunos instantes, un relámpago cruzó por aquella mirada, y sin saber que hacian se acercaron simultáneamente, sus lábios se tocaron, y se escuchó el eco de un beso.

La chispa eléctrica del odio se desprendió de aquellos lábios encantadores.

Eloisa sintió una repulsion desconocida hácia una muger tan simpática y hermosa.

Doña Blanca ya sabia quien era Eloisa, pero no la conocia.

Al ver la belleza seductora de la jóven, sintió el huracan espantoso de los celos; hasta entonces no comprendió lo que era esa pasion desesperada, creyó que don Fernando podia amar á la señorita Mons; porque nadie sabe valorizar los encantos de una muger, como su rival, aunque no lo confiese.

Doña Blanca se sintió ufana de haber separado á su amante de aquella muger tan peligrosa por su hermosura.

Sabia que don Fernando estaba en el campo de los aliados y de ninguna manera podria pisar los umbrales de la casa; además, si el atrevimiento y la audacia inconcebible de don Fernando lo llevaban hasta el grado de comprometer su vida en esa empresa, se encontraria con ella, y este accidente tornaria á romper las bodas de la señorita Mons.

Disimuló, como saben disimular las mugeres, prodigó alabanzas exageradas á Eloisa, que despreciando el primer aviso del corazon, se sintió influenciada por la voz de sirena de doña Blanca y le dispensó todo el favor de su cariño.

La mirada, ese primer rayo magnético que se cruza entre dos seres, determina del porvenir.

Esas simpatias forzadas á las que arrastra un trato continuo, no pueden ser duraderas; la primera impresion es el saludo del alma.

La antipatía es la repulsion de lo que debe dañarnos alguna vez, el corazon sabe más que nosotros.

La Montemolin se propuso arrancar á Eloisa el secreto de sus amores, convencerse de que sus relaciones no se habian reanudado, y ver en aquel claro espejo del alma, si aun permanecia la vision reflejándose con el iris de un intenso cariño.

Doña Blanca tenia en su mano los hilos de su amor y de sus ambiciones; muger, estaba empeñada en salir triunfante en el duelo de su alma; ser político, queria llevar adelante sus proyectos de ambicion y engrandecimiento.

Doña Blanca estaba sobre una hoguera próxima á encenderse.

Habia hecho una mezcla de estos dos sentimientos que acabarian por trastornarla.

Tan pronto pensaba en batallas y oia el ruido de los cañones, y veia las banderas sacudidas por la metralla, y á los combatientes entre las nubes del humo y de la polvareda; como escuchaba la voz sonora de su amante, y comenzaba á soñar en un eden apacible de melancólica felicidad.

Entonces se olvidaba de su ambicion para entregarse á las ilusiones bellísimas de aquel paraiso de calma, poblado de ángeles y de celages.

Se necesitaba una constitucion de hierro para soportar los terribles accesos que acometian á aquel espíritu combatido por tan grandes contrariedades.

El color de la rosa habia desaparecido de sus mejillas, pero el brillo encantador de la azucena le habia reemplazado con ventaja.

Sus ojos se habían tornado en lánguidos, y sus pupilas resplandecían con un fulgor calenturiento, tomando el brillo de las estrellas al amanecer.

Solo sus labios conservaban el carmin purísimo de la juventud, que dejaba entrever en una sonrisa melancólica el alabastro bruñado de aquella dentadura encantadora.

Aquel semblante tenía el descolorido de las Dolorosas del Ticiano.

Aquella magnífica cabeza tenía por fondo una cabellera que caía en mil rizos sobre la espalda.

Doña Blanca de Montemolin parecía la heroína de una tragedia.

Hay una atmósfera de prestigio y superstición en torno de ciertos seres á quienes el destino les imprime su sello en el camino de la fatalidad.

V.

Doña Blanca quedó instalada en la casa del señor Mons, y Manzanedo que la acompañaba en calidad de mayordomo ó ayuda de cámara.

Al día siguiente supo la de Montemolin, merced á la denuncia de uno de sus agentes introducido en las cámaras de palacio, que el general Gonzalez Ortega emprendía una marcha violenta por el camino de Maltrata, para tomar la retaguardia de los franceses y caer á la hora en que el ejército de Zaragoza atacase la garita de Orizava.

—Corremos un gran peligro, Manzanedo, las fuerzas republicanas van á destrozar por completo á Laurencez.

—Qué es lo que pasa, señora?

—Que si los franceses no se ponen al tanto de los movimientos del general Ortega, la derrota es inevitable.

—Y qué hacer?

—Marcha al momento al campo de Laurencez.

—Imposible! los caminos están obstruidos por el ejército y las veredas por los guerrilleros.

—No hay remedio, es necesario avisar aunque se juegue la existencia.

Manzanedo estaba acostumbrado á obedecer ciegamente á la condesa, y doña Blanca no toleraba contradicciones.

—Estoy á vuestras órdenes, señora.

—No puedo darte instrucciones por escrito, esto te comprometería terriblemente.

—He jurado al conde de Morella seros fiel hasta la muerte y no retrocederé ante ningún peligro.

—Parte ahora mismo, atraviesa entre el ejército para no hacerte sospechoso, y avanza hasta Orizava.

—Bien, señora.

—Di al general Laurencez, que las fuerzas de Ortega en número de seis mil hombres, llegarán al cerro del *Borrego* luego que Zaragoza esté al frente de la plaza.

Manzanedo comprendió el peligro que corría la expedición francesa.

—Ese cerro está allende las primeras fortificaciones, y la ciudad está tomada si el plan de Zaragoza se realiza.

—Es necesario confesar que el general en jefe es todo un soldado.

—Sí, yo tiemblo ante las determinaciones de ese hombre que es un genio.

—Y no sabeis, señora, pormenores sobre el ejército del general Gonzalez Ortega?

—Esa tropa, Manzanedo, está familiarizada con los combates y sabe pelear como el resto del ejército.

—Los franceses, dijo doña Blanca, pueden resistir tras de los parapetos, prolongar un sitio mientras llegan los refuerzos; pero ante una sorpresa quedarían vencidos.

—Todos nuestros planes están al fracasar.

—La fortuna ha puesto en mis manos el secreto de la próxima batalla, y podemos levantar el espíritu de la intervención.

Manzanedo movió la cabeza como dudando de las palabras de doña Blanca.

Alzóse la condesa como si aquella desconfianza hiriese sus esperanzas, y dijo con voz vibrante al secretario:

—Ya estoy cansada de luchar con una alma cobarde y demoralizada; tu aspecto, tus reticencias, tus palabras, todo me contraría, no tengo donde volver la cara, mi ímpetu se estrella contra el hielo de un cerebro supersticioso y pusilánime.

—Señora, el interés que tengo por V. A. me ha hecho desconfiado; veo á la hija de don Carlos Luis de Borbon á una distancia inmensa del suelo pátrio, y luchando en medio de una tempestad espantosa, y me acobardo ante el peligro por su existencia; no es el interés privado, es el cariño inmenso á mi señora, es la responsabilidad que pesa sobre mí durante esta crisis porque atravesamos; mandadme que me sacrifique, que muera si es posible, y me encontrareis pronto.

—Acaso haya vertido algo que pueda lastimarte, perdóname. La condesa tendió la mano que Manzanedo llevó con respeto á sus labios.

—Marcharé á Orizava y avisaré al general Laurencez del peligro que está amenazando á su ejército.

—Manzanedo, ya sabes que puedes disponer del oro que necesitas para abrirte camino hasta Orizava.

—Voy prevenido á todas las eventualidades.

—Adios, Manzanedo.

—El vele por vos, señora.

—Recuerda que quedo enteramente sola y que tu existencia me es necesaria.

—Rogad al cielo que me saque adelante de la empresa que me encomendais.

—Adios.

A la media hora salió de uno de los mesones un ginete seguido de un criado y dos caballos de mano por el camino de Oriente.

Luego que el ginete se vió fuera de garita, dijo á su acompañante:

—Necesitamos amanecer muy distantes de la ciudad; y azotando furiosamente á los caballos se perdieron entre las sombras que cubrían la carretera de Amozoc.

CAPÍTULO IV.

I.

La familia de don Luis Aguirre se había encargado de la educación del capitán Martínez, prohibiendo á Isabel estar á la hora en que los estudiantes hacían la visita facultativa, porque Pablo Martínez decía tantos horrores, que era fácil el que la joven aprendiese algo más de lo que debía.

Don Luis que mortificó hasta reventar á su hijo Guilelmo, fingiendo casarlo con doña Juliana, consiguió al fin en las bodas con la Torre-Mellado, á cuyo efecto escribió á su hijo que abandonara el rancho y viniese á Puebla para celebrar el matrimonio.

Isabel estaba perdida de la energía, cosa increíble y que hizo que los lectores van á tomar como una exageración á como un fenómeno raro.

La hija del inválido, á pesar de su situación de novicia, copulaba con Santiago González que la galanteaba por voluntad.

CAPÍTULO IV.

De la manera política con que el capitán Martínez trata á un prisionero de guerra.

I.

La familia de don Luis Aguilar se había encargado de la curación del capitán Martínez, prohibiendo á Isabel estar á la hora en que los estudiantes hacían la visita facultativa, porque Pablo Martínez decía tantos horrores, que era fácil el que la jóven aprendiese algo mas de lo que sabia.

Don Luis, que mortificó hasta reventar á su hijo Guilebaldo, fingiendo casarlo con doña Juliana, consintió al fin en las bodas con la Torre-Mellada, á cuyo efecto escribió á su hijo que abandonara el rancho y viniese á Puebla para celebrar el matrimonio.

Isabel estaba querida de la suegra, cosa increíble y que nuestros lectores van á tomar como una exageración ó como un fenómeno rarísimo.

La hija del inválido, á pesar de su situación de novia, coqueteaba con Santiago Gonzalez que la galanteaba por *costumbre*.

Felipe Cuevas se hacia el desdenoso, diciendo que él no se casaría nunca con una mujer que no hubiese estado en Nueva-York.

Recordarán nuestros lectores que Manolo Balboa había caído prisionero en la batalla del 5 de Mayo; Gonzalez lo declaró *suyo* desde aquel momento, y pidió al general Zaragoza permiso para llevarlo á su alojamiento.

Zaragoza no contestó, y como el que calla otorga, Manolo fué consignado á cuidar al capitán Martínez, y el gracioso andaluz estaba en la casa de los Aguilar.

Santiago Gonzalez le había devuelto su equipage con la cruz de Africa, despues de haber hecho gestiones infructuosas de venta.

Manolo roncaba como un liron toda la noche y parte del día; pero Pablo Martínez había inventado una manera muy sencilla de despertarle. Manolo se ataba un cordel al pié, y cuando al capitán se le ofrecía, tiraba con toda su fuerza hasta despertar á Manolo.

Hubo vez que Martínez arrastrara por la alcoba al andaluz sin que este despertase, por lo cual proyectó ponerle el cordel al cuello.

Manolo despertaba *emocionado*, y por precision hacia alguna diablura.

Hubo noche que estuviera poniendo defensivos con la bebida á Pablo Martínez.

Cuando el capitán se rendía al sueño, el andaluz registraba el equipage del capitán, sacaba la camisa mas almidonada y la corbata mas bonita, y sin mas ni mas se la plantaba.

Al siguiente día observaba Martínez el lujo del asistente y reconocía sus prendas, que por ser pocas no se escapaban á la perspicacia del enfermo.

—Manolo, me vas á dejar desnudo.

—Mi capitán, me he prestado la camisa por quince días.

—Y la corbata?

—Esa nada mas por un mes.

—Y mis botas?

—Esas sí que ya puede usted disponer de ellas, porque ayer se me salieron los dedos y cayó el tacon de la derecha.

—Maldito seas tú y tu casta, Manolo!

—No es para tanto, cuando regrese á Cádiz yo le enviaré á usted unos botines de mi señor padre, que apenas los usa desde el año cincuenta y ocho.

El prisionero habia caido en gracia y se le pasaba cuanto hacia.

Manolo asentó sus reales en la cocina y era el ídolo de la colonia femenil.

Inventó hacer *gazpacho*, platillo ultra-detestable (salvo la opinion de los andaluces), tomó todo el pan duro que encontró en la casa, lo mezcló con ajos y gitomate y vinagre, haciendo un infernal brebaje capaz de horrorizar al ejército frances.

Cuando creyó Manolo presentar un obsequio al capitán Martinez, éste tomó el plato, y con todo y *gazpacho* se lo puso por sombrero al andaluz.

—Toma! le dijo, yo te enseñaré á burlarte de mí.

Manolo protestó contra aquel acto de barábrie y devoró sin invitar á nadie el resto del guisote, recuerdo del suelo pátrio.

II.

Guilebaldo Aguilar sintió un vértigo al recibir la carta de su padre en que le anunciaba que consentia en su casamiento con Isabel.

Encomendó al mayordomo los trabajos del campo, y ensillando su troton, se encaminó á Puebla ligero como un relámpago, es decir, como un relámpago que durara cuatro dias en el horizonte.

Llegó á su casa como el hijo prodigo, y sin decir oste ni mos-te se echó á los pies de su padre, que dió un grito terrible.

—Oh ternura paternal! exclamó Guilebaldo.

—Qué ternura ni qué demonios! has puesto tu rodilla sobre mi pié, y me lo has deshecho.

—Perdóneme usted, padre mio, pero yo soy hombre de arrebatos.

—Gana me da de arrebatarle á trancazos! murmuró el señor Aguilar; vamos, saluda á la madre y no vayas á romperle algo.

Guilebaldo fué en pos de la señora y la dió tan fuerte abrazo que á poco andar la desclavija.

Isabel estaba presente y saludó con estremada coquetería al mancebo, que trataba de lanzarse sobre ella haciendo una segunda edicion del abrazo materno.

—Guilebaldo, hijo mio, dijo la señora con infinita dulzura, no seas tan bruto, esta niña es una criatura delicada y la puedes matar con una caricia.

—Pierda usted cuidado, yo tomaré un método mas adecuado.

—Ya sabes que pronto debe verificarse tu enlace con Isabelita.

—Y no sé pudiera hacer la víspera?

—Guilebaldo, eres un podenco.

—Es cierto, para qué es negarlo, pero yo no quisiera dilaciones, esta casa está llena de gente sospechosa y tengo miedo de que me soplen á la novia.

—Hijo mio, eres mas estúpido que un marrajo.

—Puede ser; pero ya usted ve, me querian casar con el mónstruo de doña Juliana, y no vaya á antojársele á esa abuela tomarle la palabra á mi padre.

—Vamos, tú vienes lleno de alarma.

Manolo Balboa, que habia escuchado la conversacion, dijo para sus adentros:

—Este señor sí me ayudará á comer *gazpacho*.

—Isabelita, prosiguió Guilebaldo dirigiéndose á la novia, ya

le he apartado á usted un regalo muy bueno, y espero que no me correrá un desaire.

—Yo todo lo acepto con mucho gusto.

—Y qué le has apartado á Isabelita?

—Toma, pues qué ha de ser, dos burras americanas en estado intere-----

—Calla! gritó la señora, eres mas burro que las burras.

—Ya lo creo, como que soy masculino.

—Si continúas diciendo barbaridades, se arrepiente la novia y creo que no hará cosa mejor.

—No lo crea usted, señora, comprendo la buena fe de Guilebaldo, y todo lo escuso en gracia de su amor que es verdadero.

—Eso, eso es! gritó el novio, así me gusta, Isabelita me comprende, sobre que soy fiel como un perro.

—Propiamente, murmuró Manolo.

—Pues ahora, dijo la señora, por delicadeza debes irte al meson.

—Y qué tienen que ver los mesones con la delicadeza?

—Que mientras esta niña no sea tu esposa, no debes vivir en esta casa.

—Y cómo vive tanta gente con ser que no son hijos de mi madre?

—En fin, no discutamos, te marchas ahora, y vienes como de visita.

—Y me visito yo á mí mismo?

—No, Guilebaldo, dijo Isabel, usted viene á visitar á su novia, que lo recibirá con mucho gusto.

—Cuando habla Isabel, sí que la entiendo, voyme al meson y Dios dirá.

Guilebaldo tomó con mucho tiento la mano de Isabel, y después dijo á la señora:

—¿No es verdad que es mas linda que el lucero de la mañana?

—Sí, hombre, lírgate.

—Adios, y hasta dentro de un rato que venga de visita.

III.

Manolo Balboa salió del aposento, y dirigiéndose á la calle con la mayor precaucion posible, tomó rumbo á la plazuela de San José, y se encaminó hacia el cerro de Loreto.

A la media hora llegó un coche, y dentro una señora cubierta con el espeso velo de la mantilla.

El andaluz abrió la portezuela y la dama bajó violentamente, se apoyó en el brazo de Manolo, y separándose de la calzada que lleva al puente, tomó una pequeña vereda de la falda del cerro.

—Qué has averiguado, Balboa? dijo la dama.

—Señora, tengo una noticia que comunicaros de mucha importancia.

—Habla.

—Llegó esta mañana un oficial del campo de Zaragoza y se puso á hablar con mucho misterio con un capitán guerrillero; yo me acerqué á ponerle unos defensivos para ver si percibía algo de lo que hablaban.

—Y no recogiste alguna palabra?

—Creo haber adivinado todo.

La dama se quedó reflexionando un instante como quien recuerda algun dato, para reunirlo á lo que sospecha va á saber, creyendo que tiene relacion.

—Decia, señora, que luego que el oficial cesó de hablar, el capitán Martinez tomó el vaso de la bebida y lo estrelló contra el suelo gritando: "aquí hay gato encerrado, nos traicionan!" yo me asusté porque me creí apostrofado; después añadió: "vea usted que dormirse al frente del enemigo es una cosa peregrina!"

pero ya se ve, el cansancio, la travesía endiablada de ese infernal camino es capaz de agotar las fuerzas del gigante Goliat."

—No obstante, contestó el oficial, tenemos fe en el general la *retirada* nada importa.

La dama se estremeció al oír esa palabra.

—*Retirada!* murmuró con acento concentrado.

—Es decir claro que se retiran, continuó el andaluz; lo dijo el mismo jefe que avisó de la marcha sobre el *Borrego*.

—Está salvado Laurencez, pensó la dama; pero esta noticia necesita confirmación, aunque nada de lo que este hombre me ha dicho ha salido falso.

—Yo creo, dijo Manolo, que ha habido un descalabro y fuerte.

—Zaragoza es temible, dijo para sí la dama, le tengo miedo á sus retiradas, el movimiento retrógrado de las cumbres precedió á la victoria del 5 de Mayo: cada ráfaga de luz puede ser el relámpago que anuncie el rayo; no obstante, donde Laurencez tome aliento, puede aplazar su derrota, en el ínterin, llegarán los refuerzos que encontrarán en sus posiciones al ejército frances; perder Orizava seria tanto como descender de la mesa central y volver al día en que se firmaron los tratados de la Soledad.

La dama tenía razón: si los franceses eran batidos, las fuerzas republicanas se apoderarían de las cumbres del Chiquihuite y los franceses se encontrarían en la posición que Saligny había esquivado consumando la horrible traición de Orizava.

—Creo que todo va bien, dijo el andaluz, yo continúo con mi papel de tonto, y seguiré siendo útil á mi generosa protectora.

La dama le alargó un bolsillo con oro.

—Si ocurre hoy alguna novedad, busca en este mismo sitio á alguna persona, que ella te saldrá al encuentro.

—Adios, señora.

IV.

El andaluz metió en una bolsa de tabaco el bolsillo despues de contar las monedas y regocijarse con aquel tesoro inesperado.

Doña Blanca tenía multitud de agentes, pero fiaba mas en los de baja estofa, porque son raras las veces en que se repara en ellos y tienen mas facilidad de sorprender los secretos; dígalos la crónica diaria de las familias sacada á plaza por la servidumbre.

Manolo Balboa sustituía á Mondoñedo, pero bajo distinta faz; al andaluz se le había prohibido gastar el dinero, y por su parte no hacía gran sacrificio, puesto que trataba de volver á su país hecho un Creso.

El zocarron del andaluz era un buen espía, dotado de una capacidad rara en su especie, la sagacidad mas grande le distinguía, su habilidad se manifestaba en ocultarse á los ojos de los otros bajo las apariencias de un bonachon lleno de necedades y majaderías.

Manolo regresó á la casa de Aguilar, donde el capitán Martínez lo recibió enviándole encima cuantas botellas tuvo á la mano.

—Qué granizada! exclamaba el andaluz; vamos, que me va usted á romper la tapa de los desatinos.

—Dónde has pasado tres horas?

—Quiá! si apenas he dado una vuelta por la Alameda.

—Y quién te dió permiso?

—Quién había de ser? yo que me mando solitico.

—Este bribon necesita que yo le dé su merecida, pensó el capitán, y suavizando la voz, dijo á Balboa:

—Has hecho muy bien, hijo mio; con esta maldita enferme-

dad estoy bilioso y te riño sin razon alguna; vamos, ponme un defensivo en el brazo, que esta maldita inflamacion no quiere ceder.

El andaluz se acercó incautamente al lecho de Pablo Martinez diciendo:

—Vaya, lo curaré á usted, esa es mi perra obligacion.

El capitan, luego que tuvo cerca á Manolo, se le arrojó como un mastin, y tomándolo por las orejas, le comenzó á sacudir de lo lindo.

—Ea! dejarme! huy! ea, se me arrancan los atriles de la cara!---- vea usted que me desoreja! tíreme usted de otra cualquiera cosa que no sea tan historiada!---- cá!----

Al ruido acudió Santiago Gonzalez, que conversaba con el señor Aguilar sobre el casamiento de Guilebaldo.

—Qué diablos sucede, capitan?

—Nada, lo estoy aleccionando.

—Pues no está mala la leccion, dijo el andaluz con las orejas ardiendo.

—Este Manolo se ha vuelto un perdulario, no hay mas que despedirle.

—Hoy le envío al cuartel.

Manolo, que veía en esta separacion su ruina, dijo con humildad:

—Mi capitan, á mí así me gusta, falta el soldado, y se le castiga, muy bien hecho, y debia usted haberme arrancado un miembro de la cara: esta es la verdad, los amigos me sedujeron, yo soy blandito, y vamos, que falté al toque de lista; conque ya todo pasó, y Manolo Balboa se queda en esta casa como la tortuga en su concha; pelillos á la mar, yo no me quejo que soy el sacudido; conque á ver, le pondré á usted el defensivo y no hablemos mas.

Felipe Cuevas entró lívido al aposento.

El capitan Martinez se incorporó y Santiago Gonzalez miraba atónito á su compañero.

Despues de un momento de silencio, Martinez se atrevió á preguntar lo que acontecia, mientras Manolo, pendiente de lo que pasaba, se habia puesto á romper un lienzo para la curacion del capitan.

—La noticia se confirma, dijo Cuevas; acaba de llegar otro oficial de los de Ortega, y dice que los franceses los han sorprendido.

—Y el general Zaragoza?

—Nada se sabe de él, porque el oficial no ha tocado el punto donde estaban las fuerzas, se ha venido estraviando caminos y con una velocidad increíble.

—Será alguno de esos alarmistas que corren á los primeros disparos y llegan á las ciudades contando derrotas y fábulas.

—No lo creo así, este muchacho no es cobarde.

—El caso es, dijo Martinez, que se ha venido del campo debiendo haber muerto ó caído prisionero.

—Es la verdad; pero no todos tienen el mismo ánimo.

—Seria gracioso que hubieran derrotado á mi general Zaragoza.

—Seria terrible, amigos míos; pero no, ¡voto al cuerno del diablo! lo que es á mi general no lo derrotan los gabachos, con esa noticia vendria la de su muerte; ¡ira de Dios!

—Dentro de algunas horas sabremos la realidad, porque el parte debe venir en camino.

—Malo, malo, dijo Martinez, estos rumores nunca salen falsos, son las primeras palabras sobre el campo de batalla.